

GEDIACH Grupo
Latinoamericano
de Estudios sobre Dialéctica y Lucha de Clases



<https://criticadialectica.com/index.php/gediach/>

El campesinado en la lucha social, el mundo del trabajo y las dinámicas de apropiación territorial



1. La emergencia campesina en los procesos de movilización y conflicto social.

El campesinado ha sido un actor protagónico en los países periféricos del mundo contemporáneo. Su papel fue trascendental en el desarrollo de la movilización política, especialmente durante el transcurso del siglo XX, cuando se convirtió en un actor decisivo en las luchas que se libraron en distintos escenarios geográficos globales. Desde la revolución rusa ya se discutía la valía del campesinado como actor político y la forma en que éste se engranaba dentro del mecanismo económico nacional.

Su importancia histórica reciente ha estado estrechamente ligada a la producción de alimentos, lo que lo liga con un espectro de la producción nacional, pero también

ha estado articulado con el uso o posesión de la tierra, lo que deriva en una conexión territorial, que, en lo colectivo, ha convertido al campesinado en un agente de peso político y económico en distintos escenarios nacionales.

El campesinado fue decisivo en las luchas de liberación nacional en el siglo XX, que resultaron en la descolonización de África y Asia; además se incorporó de lleno en dinámicas revolucionarias en China, Vietnam, Nicaragua y Cuba¹. El campesinado estuvo en la primera línea en la consecución de la Revolución Mexicana y en general, se ha discutido su influencia en procesos de transformación nacional, lo que condujo a autores como Mariátegui en Perú, a repensarse un nuevo tipo de socialismo, involucrando plenamente al campesinado (e incluso a los indígenas) en procesos de tipo revolucionario². De hecho, procesos de lucha armada subversiva se articularon directa o indirectamente con el mundo campesino en el siglo XX, tal como sucedió en El Salvador, Guatemala, Perú y Colombia.

Las nuevas perspectivas que se vislumbraron durante el siglo XX, ampliaron la posibilidad y tipo de actores vinculados con la revolución social. Es importante recalcar que estos debates estaban estrechamente vinculados al movimiento campesino de la época y que estas polémicas solían rebasar los ámbitos académicos para penetrar espacios de discusión de organizaciones campesinas y sindicales (Gouttefanjat, 2025). Se proponía entonces sumar un nuevo actor, complejizando el clásico papel intrínseco de la clase trabajadora urbana en todo el proceso. Se llamó la atención sobre el nuevo rol del campesinado como sujeto de cambio, por su número a nivel poblacional, su campo de acción territorial y su articulación al mundo material en cuanto a la producción de alimentos³.

En varios países latinoamericanos el campesinado se articuló a intensos procesos de politización, asimilando los avances de la izquierda y los experimentos socialistas a nivel mundial. En muchos casos se forjó una conciencia de clase entre esta comunidad y se elevó el espíritu revolucionario, tan en boga durante el periodo de la Guerra Fría. Hay que decir que parte importante del campesinado no estuvo exento de influencias conservadoras, pero, por otro lado, también forjaron dinámicas efervescentes de movilización de masas, activando radicalismos y avivando el auge de la conciencia social. Sus luchas también estuvieron empañadas por la hostil respuesta estatal, siendo blanco de una violencia política que en algunos casos los fortaleció, pero en otros, implicó su neutralización ante la fuerza impuesta del establecimiento.

¹ "En México, particularmente, el debate acerca de la "cuestión agraria" fue en especial álgido durante la década de 1970, en el marco de pujantes movimientos campesinos por la tierra en el país que obligaron a que varios pensadores reflexionaran y se posicionaran teórica y políticamente acerca del lugar que ocupa el campesinado en la lucha revolucionaria" (Gouttefanjat, 2025).

² Mariátegui reivindica un marxismo hecho de raíces hondas en el suelo latinoamericano, que sea menos el exordio del corpus teórico eurocentrado que la simbiosis de las masas campesinas-indígenas arraigadas en el sentido comunitario del ámbito rural americano" (Soto, 2022: 208).

³ "Tal como sostiene el mexicano Armando Bartra (2008; 2010), América Latina es reservorio de lucha indígena y campesina, entre otras cosas porque el capitalismo se presenta como una forma de desposesión de la vida rural" (Soto, 2022: 214).

Una de las principales luchas que ha abanderado el campesinado durante un siglo en Latinoamérica, ha sido la disputa por la tierra. Una consigna como "la tierra para el que la trabaja", que se adoptó en varios países de la región durante el siglo XX, sintetizaba las necesidades del momento dentro del movimiento campesino. La tierra fue centro de la lucha en países como México, Paraguay, Brasil o Colombia. Es necesario comprender que el campesino ha sido segregado históricamente desplazándose a tierras de menor valía, ya sea por su difícil acceso a centros urbanos, por la calidad de los suelos o por la dificultad en su topografía.

Justamente, la tierra fue un elemento fundamental del conflicto, entendiendo que, en varios países, miles de campesinos se confinaban en áreas reducidas (definidas como minifundios) y otros muchos no contaban siquiera con alguna propiedad territorial. El campesinado ha luchado incesantemente por la Reforma Agraria, en respuesta a la desigualdad en el acceso a la tierra, pero resulta evidente que dicha reforma no se ha concretado realmente en ningún país de la región, cuya simple formalidad está lejos de romper los desequilibrios actuales en términos de distribución de tierras. Ante la falta de respuesta estatal frente a las demandas territoriales campesinas, ha habido tomas de tierras en diferentes espacios de la región, destacándose en este sentido lo ocurrido en la nación brasilera.

En otro frente, los grandes propietarios de tierras han concentrado la tierra en pocas manos, inhabilitando generalmente su uso para el cultivo. Los latifundistas tienden a acaparar tierras planas, estratégicas y a veces dotadas con la mejor fertilidad, lo que contrasta con la necesidad social histórica del campesinado (Perry, 1985). Este desequilibrio, heredado desde los procesos de independencia, creó una capa de terratenientes con importante poder político y territorial, contrarrestando o motivando el reclamo histórico del campesinado por tierra.

Todo tipo de estrategias adoptó el terrateniente para consolidar y ampliar sus dominios. Ejércitos privados ejercieron presión y violencia, no solo para ampliar el control territorial del latifundio sobre pequeños propietarios, sino para contrarrestar las tomas de tierras del campesinado mismo. Incluso, varios países han experimentado varias oleadas de violencia, lo que ha conducido a procesos de concentración y reconcentración de tierras. La expropiación se convirtió en la norma, lo que consolidó el poder territorial del latifundio, siempre en detrimento de la producción campesina. Países como Argentina, Brasil, Paraguay, Venezuela o Colombia han padecido el poder terrateniente durante el siglo XX, junto a los procesos de concentración de la propiedad que este trae consigo.

Otro actor fundamental para comprender el sector rural, además del campesinado y el terrateniente, ha sido el sector empresarial agrario. Desde mediados del siglo XX, dominan amplios monocultivos comerciales absolutamente vinculados con el modelo de Revolución Verde. En el campo de los insumos, grandes corporaciones norteamericanas se han favorecido por la venta del paquete tecnológico (Maquinaria, semillas y agrotóxicos), presionando incesantemente a partir del gobierno de EE.UU, por la adopción mundial del modelo. "En la agricultura, la mayor

parte de los países han sido testigos, desde la mitad del siglo XX, de la emergencia de grandes empresas agrícolas funcionando como cualquier otra empresa capitalista sobre la base de la explotación del trabajo ajeno con “obreros agrícolas” (jornaleros)” (Gouttefanjat, 2025). Países como Argentina, Chile y Brasil han impulsado abiertamente un capitalismo agrario en su interior y por ese camino a futuro le seguirán Perú, Colombia y México.

Los agronegocios no se ciñen solamente a la etapa productiva, sino también a la comercial, dando cabida a corporaciones como Cargil, dominante en el mercado mundial de granos. Respecto a la venta al consumidor, se vienen imponiendo las grandes cadenas de supermercados, abriendo un nuevo espacio de acumulación atado a la venta al por menor. Toda la cadena agroalimentaria viene siendo controlada por el sector corporativo, desde la distribución de insumos, hasta la producción, la comercialización y la distribución al consumidor, promoviendo la homogenización y estandarización del consumo alimentario.

Agudizando un poco más la situación del campesinado, emergen con cada vez más fuerza actores corporativos que adelantan megaproyectos de carácter extractivo en el espacio rural, que amenazan las posesiones territoriales de las comunidades locales. La renovación continua en la explotación de materias primas, tiende a desplazar de sus tierras a los productores rurales ubicados en áreas estratégicas. Así mismo, no se puede despreciar procesos de conflicto armado en algunos países, que, desde una orilla más política, han tendido a romper comunidades campesinas y a expropiarlos de sus tierras, marcando notables cambios poblacionales que, en últimas, descomponen la unidad campesina e incorpora nuevas tierras al actor terrateniente o empresario.



2. La sociedad campesina reconfigurada en función del mercado

Si bien se han establecido conflictos políticos en los que se ha visto sumergido el campesinado, paralelamente se desarrolló una dinámica económica que, a nivel estructural, determinaron los procesos que delimitaron la vida material campesina. “Convive una agricultura capitalista, instalada en las mejores tierras y

fundamentada en el trabajo de jornaleros y en un desarrollo tecnológico adecuado a la acumulación de capital, con pequeñas unidades socioeconómicas campesinas ubicadas en las peores tierras y basadas en trabajo y medios de producción propios” (Gouttefanjat, 2025). El capitalismo, como lo venía advirtiendo Kausky hace más de un siglo, ha venido permeando la vida rural campesina, modificando drásticamente su funcionamiento. Este fenómeno de cambio, inicialmente se puede palpar a través de cuatro procesos, donde el mercado ha venido presionando a la pequeña producción:

Primero, el campesinado ha venido reemplazando sus cultivos para el autoabastecimiento familiar, por cultivos destinados para el mercado. Aquellos cultivos para la autoproducción requieren de una cierta diversidad agro ecosistémica, en tanto que aquellos plantados para la comercialización, precian de monocultivos que imponen la homogenización de la producción campesina. Cada vez menos, los campesinos producen directamente para consumir, ya que gradualmente se incrementa la tendencia hacia el monocultivo. Ello necesariamente implica suprimir el autoconsumo, introducir la lógica comercial y por ende, la venta del producto cultivado, generando mayores niveles de dependencia en función del consumo de los centros poblados.

Segundo, el paquete tecnológico de la revolución verde se ha incorporado a la producción campesina, deslizando la idea de que el campesino puede aspirar al papel de empresario del campo, para lo cual debe, en teoría, integrarse al paradigma tecnológico dominante. Esta integración ha sido parcial, ya que el campesinado se ha convertido básicamente en un comprador de agrotóxicos, sin centrar muchos esfuerzos en el resto del paquete tecnológico (maquinización o riego), forjando una dependencia respecto a este tipo de tecnología y sus insumos. Los programas desarrollistas desplegados en la Guerra Fría amparados por EEUU, también tuvieron su propio vector para la agricultura y abrieron un nuevo capítulo de modernización (relativa) de la pequeña producción campesina.

Tercero, otro componente que es necesario visibilizar, es papel del sector financiero, ya que muchos campesinos han adquirido préstamos para nutrir con un capital inicial a su pequeña producción, lo que ha llevado a forjar complejos lazos con el sector bancario nacional. Este sector puede generar tal presión y condición de endeudamiento, que muchos campesinos han entrado en crisis perdiendo el grueso de sus medios de producción ante el cobro bancario, especialmente cuando sus cosechas han resultado fallidas⁴.

Los Estados aplicaron una serie de políticas desarrollistas a partir de los años 70s para que se incentivara el acceso a préstamos, otorgados solo si se adoptaban monocultivos, así como el paquete tecnológico de la Revolución Verde. De manera conjunta se aprecia que, existe toda una serie de elementos que lanzaban a la

⁴ “Por lo general, los medios de producción, salvo la tierra y alguna infraestructura, no son propiedad directa de los productores, sino del banco con el cual que están endeudados, de por vida y sobre varias generaciones” (Gouttefanjat, 2025).

producción campesina de cara al mercado y que en suma han contribuido a la monetización de las economías rurales. Sintetizando un poco se encuentra que:

“Cuando interactúa en el mercado, sea para comprar insumos agrícolas, sea para vender el producto de su cosecha, el campesino cede constantemente una parte de sus excedentes a capitales comerciales; fenómeno descrito por los propios campesinos con las palabras de “comprar caro y vender barato”. A la par, cuando el campesino busca obtener un préstamo de bancos o usureros para realizar alguna compra para la reproducción de su unidad productiva, realiza transferencias de una parte de sus excedentes hacia capitales bancarios mediante pago de intereses” (Gouttefanjat, 2025).

Cuarto, el mercado también ha dejado su huella en el eslabón de la comercialización, ya que una serie de intermediarios interfieren para que el producto agrícola pase del campesinado al consumidor final, configurando una serie de redes que articulan la producción con los centros urbanos. Allí no solo se aumenta el valor del producto, sino que se crea todo un sector de comerciantes que lo venden y revenden hasta su destino final⁵. En esta relación productor - consumidor se insertan los intermediarios, quienes elevan en su beneficio el valor final de los productos⁶. En medio de ello hay una contradicción, donde ciertamente la población urbana es favorecida por precios bajos del sector agrícola para el consumo, en tanto que el campesino se ve beneficiado por valores más altos de comercialización. “Para Veraza (2005, 2022), el campesinado se encuentra inmerso en dinámicas de explotación por parte del capital que lo domina, ya sea de forma tangencial” o directa.

A nivel internacional y en un escenario más complejo del espectro comercial, los tratados de libre comercio impulsados desde el periodo neoliberal, han venido inundando los mercados nacionales con productos agrícolas importados de distintos países, lo que ha conllevado a la crisis de ciertos productores locales, que ven arrasada su producción con importaciones masivas (muchas de ellas beneficiadas por subsidios en las grandes potencias). De ello se desprende toda una contrariedad, puesto que los países sacrifican parte de su producción interna para satisfacer la lógica neoliberal del intercambio, dejando de cultivar en su suelo una variedad de productos al someterse a las reglas de libre mercado. Esta asimétrica correlación de fuerzas refleja otra faceta del intercambio desigual en el actual orden internacional.

⁵ Bajo dichas perspectivas y argumentos, la explotación de la cual son víctimas “parece ser” inmediatamente distinta a la explotación del trabajo obrero, fundamentada sobre la detención monopólica de los medios de producción y sobre el acaparamiento del producto del trabajo por el capital (Gouttefanjat, 2025).

⁶ Según Bartra (2006), “el campesino, a pesar de trabajar en una parcela de la que es propietario o poseedor y con medios propios, se encuentra inmerso en relaciones de poder que lo obligan a ceder constantemente una parte de sus excedentes a capitales comerciales y bancarios y/o usureros mediante mecanismos de intercambio desigual”.

En términos políticos, el campesinado es una pieza clave para el suministro de comida relativamente barata en países latinoamericanos, siendo estratégica su función dentro de la macroeconomía nacional. Pero esta posición, está siendo reemplazada poco a poco por tratados de libre comercio que generan una arriesgada dependencia del mercado global de alimentos y que hacen vulnerable el auto abastecimiento nacional.

Desde la Guerra Fría e incluso antes, los cultivos y la alimentación de millones de personas terminaron siendo un factor importante de la seguridad nacional para países como EE.UU., jugando un papel relevante dentro de la geopolítica global. La energía, el petróleo y los alimentos hacen parte de una ecuación fundamental en la geopolítica de los países centrales, pero esta racionalidad queda a su suerte en regiones periféricas del globo.



3. La cambiante dinámica del trabajo en el espacio rural

Reforzando lo ya mencionado, las lógicas capitalistas de producción junto a sus mecanismos de explotación laboral se extendieron hasta la médula del mundo rural. Gradualmente en Latinoamérica, durante el siglo XX, la dinámica del trabajo asalariado se trasladó al mundo campesino, presionando para que miles de ellos dejaran de ser productores directos en sus parcelas y trasladasen su fuerza laboral al mundo del trabajo asalariado. Con ello se refuerza el proceso de mercantilización de la vida campesina, ya consolidado por la producción de monocultivos, su interacción con la modernización tecnológica, por la vinculación comercial con los intermediarios y el lazo con el sector financiero.

De hecho, se crearon contingentes de asalariados rurales especializados en tareas concretas, vinculados con cultivos empresariales. Incluso, también se forjaron asalariados vinculados laboralmente por otros campesinos, que eventualmente precisaron de fuerza laboral adicional. Durante un siglo, las lógicas semi feudales y precapitalistas latinoamericanas que condicionaban la órbita campesina, fueron menguando de a poco, creándose un campesinado dependiente y articulado al sistema capitalista de producción.

Se constituyeron ejércitos permanentes o itinerantes de asalariados rurales, subordinados a sistemas de explotación de emporios bananeros, cafeteros, cacaoeros, arroceros, algodoneros o de caña de azúcar y más recientemente, de empresas sojeras y de palmicultoras (de palma de aceite). “Esta “asalarización” de la agricultura ha sido acompañada de una profunda revolución de los patrones productivos mediante mecanización, uso de insumos agrícolas químicos (principalmente provenientes de la petroquímica) y tecnología de punta” (Gouttefanjat, 2025).

Por otra parte, cómo se señaló anteriormente, el proceso de salarización rural igualmente se expandió hacia zonas típicamente campesinas, haciendo de unos los contratistas y de otros los contratados, dentro del mismo escenario social campesino. Siguiendo a Perry (1985), algunos campesinos terminaron diferenciándose socialmente del resto, llegando a la cúspide dentro de su ámbito rural, convirtiéndose en poseedores de tierras, en compradores del paquete tecnológico y en vinculantes de mano de obra, ofertando y subordinando al trabajo salariado en sus dominios. Otros campesinos en cambio, sobrevivían principalmente del trabajo en su propio terreno, forjando pequeñas unidades familiares de productores (aunque eventualmente fungían como asalariados o como contratistas de mano de obra dentro de su espacio productivo).

En un peldaño menor se encuentran campesinos que pueden poseer tierra, pero el grueso de sus ingresos proviene del trabajo en otros predios, con el fin de complementar las condiciones materiales de super vivencia, actuando parcialmente como asalariados rurales. Y en casos extremos, donde se ha desarrollado un proceso de despojo histórico de los medios de producción, se encuentran los asalariados rurales, que dependen completamente de la venta de su mano de obra y que se articulan principalmente a grandes cultivos, donde se demanda una fuerza de trabajo asalariada (Perry, 1985). En el siglo pasado fueron conocidos conceptual y políticamente como el proletariado rural⁷.

Esta jerarquización social del campesinado, va de la mano con el proceso de salarización, generando una vinculación con la tierra en función de la dinámica del trabajo. De tal manera que el proceso de salarización, propio del capitalismo, es constante en el tiempo, desestructurando y reconfigurando la unidad campesina de producción, lo que al final termina cuestionando la idea romántica que se pueda llegar a tener sobre la pequeña producción campesina.

De hecho, el mercado ha presionado con fuerza al mundo rural, forjando procesos de auto explotación campesina para cumplir con las exigencias del mercado. Los ritmos de producción comienzan a ser determinados en función del mercado y ello

⁷ “Una primera modalidad lógica e histórica del control que el capital ejerce sobre el proceso de producción es descrita con el concepto de “subsunción *formal* del proceso de trabajo bajo el capital”, la cual se caracteriza por el hecho de que el capital empieza a controlar la *forma externa* del proceso de trabajo: el trabajador comienza a realizar su proceso productivo bajo la vigilancia y las órdenes del capital” (Gouttefanjat, 2025).

repercute en intensas faenas de trabajo campesino, así como en sobre exigencias ambientales y el desgaste de suelos en las tierras cultivadas.

La precarización del trabajo campesino ha llegado a tales límites, que ocasionalmente no obtiene suficientes ingresos por la venta de sus productos y sufre procesos de precarización laboral (a veces por procesos de tercerización en la contratación), reforzando la condición de pobreza propia del mundo rural, una pobreza usualmente mucho más intensa que la padecida en el espacio urbano.



4. Conclusión

En síntesis, el mercado ha sido un aparato fundamental que ingresa en el centro de la discusión, haciendo del capitalismo un modelador determinante de las sociedades campesinas. El capitalismo ha gestado procesos de salarización creando un mercado laboral en el ámbito rural, ha generado divisiones de clase dentro del campesinado por las jerarquías sociales inducidas, ha introducido un mercado de insumos y tecnologías que se han expandido sobre la pequeña producción, ha incentivado procesos de comercialización mediante intermediarios, ha facilitado el ingreso del capital bancario en el mundo rural y ha venido modificando la producción campesina en función del monocultivo para la comercialización de cara al creciente mercado de alimentos.

Visto el fenómeno como un todo, se puede pensar en el proceso que atraviesan otras sociedades latinoamericanas, ya sean indígenas o afrodescendientes, en muchas de las cuales viene ocurriendo un proceso de campesinización, al padecer todas las dinámicas que el capitalismo introduce en el mundo rural. De hecho, las lógicas del mercado pueden haberse expandido de tal manera, que queden realmente muy pocos grupos sociales latinoamericanos no afectados de alguna forma ante su fuerza inminente. En la otra orilla y por sus intensos procesos históricos particulares, Uruguay, Chile y Argentina poseen una notable dinámica de

urbanización, donde hace muchas décadas ya se generalizó la presencia de una clase trabajadora citadina asalariada.

En general, lo visto son procesos ya visualizados con anterioridad en otros escenarios en tiempos pasados. La misma Europa presencio el inicio del capitalismo cuando se generalizó la industrialización, el trabajo asalariado y se crea un campo en función de lo urbano. El fenómeno, con sus propios matices, se sigue reforzándose día a día de manera continua en el espacio rural latinoamericano, aunque con un capitalismo dependiente y una industrialización precaria. Este fenómeno de progresión capitalista sobre el mundo rural en Latinoamérica, viene agudizando la crisis del sector campesino, gestando procesos de descampesinización mientras que crece el mundo urbano, lo cual no se pueden palpar en lo inmediato, sino en periodos de larga duración en cada contexto nacional de la región.

En el caso de Latinoamérica, Bartra (1973) presenciaba la tendencia de muchos autores marxistas de su tiempo, al vaticinar la inevitable descomposición del campesinado bajo la órbita capitalista. Se presentan así dos fuerzas contrarias ante la crisis del agro, una donde los campesinos se readaptan y no desaparecen a pesar del avasallante paso del mercado⁸ y otra que resulta siendo avasallante, lo cual termina cediendo y desarmando la unidad familiar campesina⁹. “Los descampesinistas -también llamados a veces “proletaristas”- argumentaban que los campesinos terminarían desapareciendo, empujados a dejar sus tierras y a convertirse en proletarios rurales o urbanos” (Gouttefanjat, 2025).

Finalmente, se puede hablar de una identidad, una cultura, una organización o una lucha campesina, pero desde hace un tiempo todo ello ha estado mediado por la lógica material que imprime el capital. Aunque sigan siendo unidades precapitalistas de producción se encuentran subordinadas al capitalismo, abriéndose continuamente paso la fuerza del mercado sobre las áreas rurales, en no solo una, sino a través de varias ondas a lo largo de los últimos dos siglos de historia latinoamericana.

La crisis del agro y el conflicto generado, ha desencadenado procesos de ruptura en las comunidades rurales, viéndose presionados a adoptar una serie de alternativas para procurar la supervivencia. Profundizando en ellas, los campesinos han tenido que sucumbir ante distintos procesos: 1) incorporarse a dinámicas de salarización como ya se ha recalcado, 2) optar por migrar a zonas urbanas también

⁸ El capitalismo en la región es, en todo caso, un proceso de territorialización de la lucha de clases que desde el campo se expresa, contradiciendo el falso relato del ocaso campesino (Soto, 2022: 206).

⁹ Feder (1977) nombró esta tensión como la “polémica entre campesinistas y descampesinistas”. “Los campesinistas afirmaban que los campesinos pueden seguir reproduciéndose en el modo de producción capitalista en virtud de lo que aportan a dicho modo de producción. En este sentido, la particular economía campesina se consideraba como no capitalista, pero refuncionalizada por el modo de producción capitalista. El trabajo de mayor envergadura atribuido a la corriente campesinista en México es seguramente el de Armando Bartra (2006, 2014)” (Gouttefanjat, 2025).

en calidad de asalariado y despojado de sus medios de producción, 3) aventurarse en áreas de colonización ampliando la frontera agropecuaria, 4) vincularse con cultivos de uso ilícito como ha sucedido en Colombia, Perú, Bolivia y México y 5) plantearse sobrevivir de actividades complementarias como pesca, minería o del sector servicios.

Dilucidar un nuevo proyecto social en Latinoamérica implica pensarse en el futuro que tendría el campesinado, definiéndose su permanencia o no en el espacio rural, así como un inevitable cierre del enorme poder terrateniente en la región. Ese destino también tendría que ver con una producción de alimentos en los suelos más ricos de cada país en términos de fertilidad, muchos de ellos hoy desperdiciados en pastos para ganado o monocultivos empresariales. Implicaría una reorganización a tal nivel, que estaría articulada con posibles procesos de industrialización, amalgamándose a otro nivel la dinámica campo ciudad. El cambio si o si, debe pasar en algún momento por rebasar el actual orden capitalista, para fundarse un nuevo tipo de sociedad.

No obstante, la ideología que domina sobre lo popular, incluyendo lo campesino, hoy está viéndose afectada por las influencias del progresismo latinoamericano, por el declive de las banderas más radicales del movimiento, por la persecución política a todo aquello que se plantee como socialista o crítico frente al sistema, por la caída de referentes internacionales de cambio social después de la Guerra Fría, por la fragmentación de los grupos sociales y la pérdida de unidad (entre trabajadores, campesinos, estudiantes, etc), por el avance del postmodernismo y en muchos casos, por el avanzado o sutil proceso de derechización, que en suma van debilitando la fuerza de la lucha social. Por su parte, el ataque permanente hacia los movimientos políticos campesinos utilizando mecanismos represivos, no es más que la expresión de una feroz lucha de clases que han adelantado los poderes dominantes que se asientan en los grandes centros urbanos.

En el presente, algunas propuestas políticas y de organización campesina, han pasado por influencias de movimientos con el EZLN en México, el MST en Brasil o propuestas como la Vía Campesina, más distintas disputas que han tenido guerrillas en el pasado reciente, pero no se logra consolidar un bloque con principios unificadores y con la radicalidad que se expresaba antes de la emergencia del periodo neoliberal. Lo cierto es que la crisis económica sostenida del sector rural más la violencia desplegada sobre este actor, ha conllevado a la progresiva ruptura del campesinado, debilitando la lucha histórica que han adelantado en diferentes contextos nacionales.

Desde el GEDIACH no proponemos una propuesta campesinista desligada de la clase obrera. El sujeto fundamental de cambio de toda sociedad capitalista siguen siendo los trabajadores por su posición estructural en la relaciones de producción que sustentan todo el mecanismo de explotación de clases. El campesinado es también parte de estos procesos de explotación social y su liberación solo será posible en el marco de un proceso de cambio revolucionario que termine con la explotación de clases. No existe posibilidad alguna de liberación de todos los males

del campesinado de forma autónoma. Su destino está ligado al destino de liberación de los trabajadores en su conjunto, en pos de la construcción de una sociedad sin explotación de clases.

Bibliografía:

BARTRA, Armando: *Seis años de lucha campesina*. **Investigación económica**, No 3, 1977.
BARTRA, Armando: *El ascenso del movimiento campesino*. En Luisa Paré (coord.) **Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano**. México D.F.: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1979.

BARTRA, Armando: **El capital en su laberinto**. Ítaca, 2006.

BARTRA, Armando: **El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la Gran Crisis**. México, UACM – Ítaca, 2008

BARTRA, Armando: *Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado*. **Memoria, Revista de Política y Cultura**, N° 248, 2010.

FEDER, Ernest: *Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado*. **Comercio Exterior**, 27(12): 1439-1446, 1977.

GOUTTEFANJAT, Fleur: *¿Se puede pensar la explotación del campesinado con Marx? El aporte de la teoría de la subsunción del proceso de trabajo bajo el capital. Una primera aproximación*. **Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales**, vol.69 no.252, México D.F., sep./dic. 2024

KAUTSKY, Karl: *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. Editorial Laia, 1973.

SOTO, Oscar: *Itinerario marxista y una vía campesina de resistencias: apuntes sobre campesinado, articulaciones y lucha rural a partir de la CLOC-VC*. En: **Resistencias y alternativas en el Sur global**, Nayar López Castellanos (Coord.). Ediciones La Biblioteca, México, 2022.

PERRY, Santiago: **La crisis agraria en Colombia, 1950-1980**. Bogotá, El Ancora Editores, 1985.

VERAZA, Jorge: **Para la crítica a las teorías del imperialismo**. Ítaca, 2022.

VERAZA, Jorge: **Lucha por la Nación en la globalización**. Ítaca, 2005.

GEDIACH Grupo
Latinoamericano
de Estudios sobre Dialéctica y Lucha de Clases

